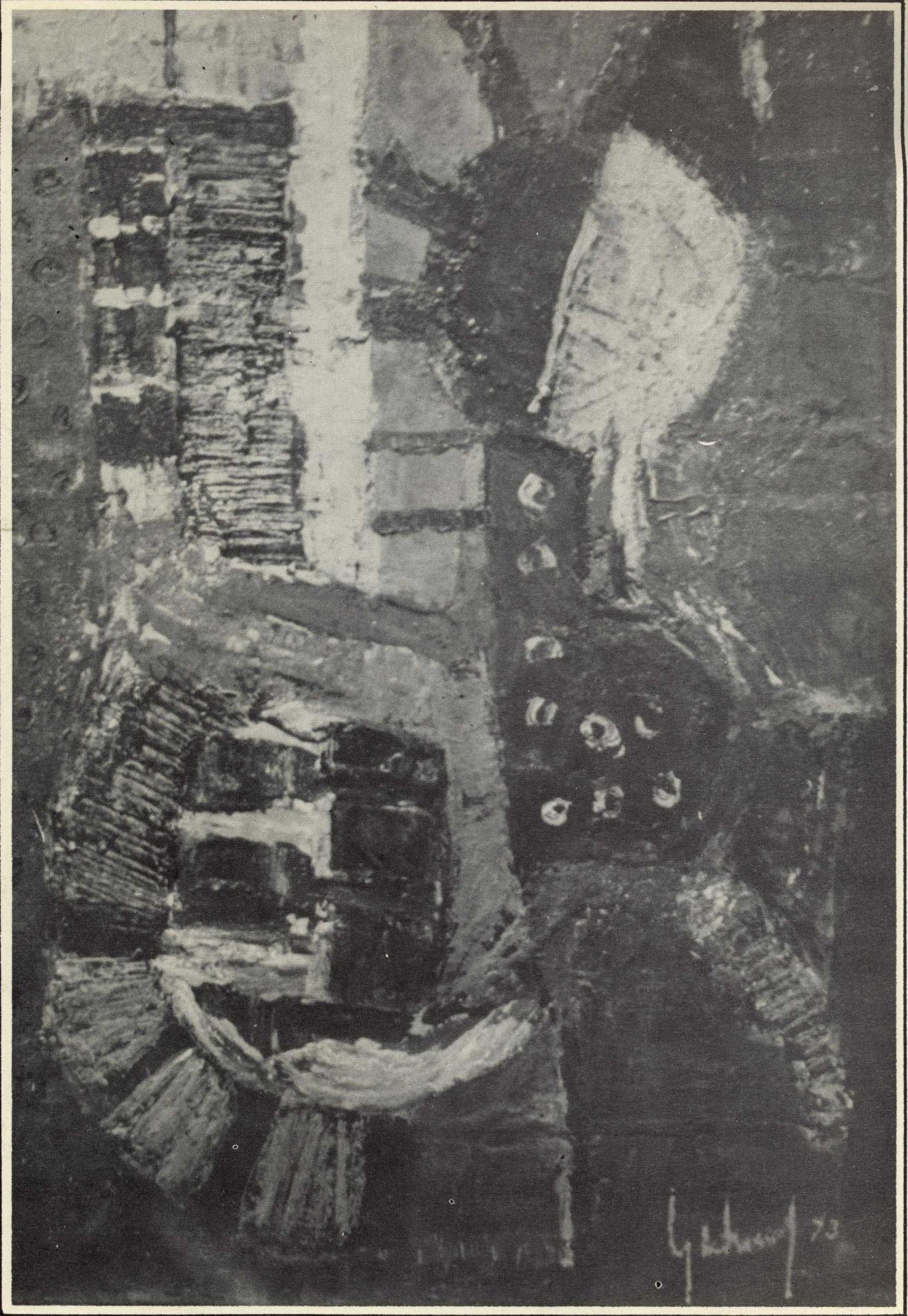


# NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 261





Pintura de Nahum B. Zenil (Ver página 34 a la 39)



Antonio Pujia  
Joya colgante realizada en plata.  
Título: Ni oír, ni hablar.  
(Ver página 40 a la 46)

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C.  
Lago Ginebra No. 47 C, México  
17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de  
2a. clase en la Administración  
de Correos No. 1 de México, D.F.  
el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín  
Meana.

**Miembro de la Cámara Nacional  
de la Industria Editorial.**

**DIRECTOR**

Fredo Arias de la Canal

**DISEÑO GRAFICO**

Jorge Silva Izazaga

**ASESORES CULTURALES**

Leopoldo de Samaniego  
Joaquim Montezuma de  
Carvalho  
César Tiempo

**COORDINACION**

Berenice Garmendia  
Daniel García Caballero

**COLABORADORES:** Víctor  
Maicas, Emilio Marín Pérez,  
Albino Suárez, Juan Cervera,  
José Armagno Cosentino, Mi-  
guel Angel Rodríguez Rea,  
Luis Ricardo Furlán y Jesús  
Hernández.

El contenido de cada artículo  
publicado en esta revista, es  
de la exclusiva responsibili-  
dad de su firmante.

# NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA

No. 261'

## SUMARIO

EDITORIAL: LA ESENCIA DEL PODER	5
EL ABSOLUTISMO, UN OBSTACULO PARA EL DESARROLLO ECONOMICO. Rudolf Rocker	9
EL SEGUNDO MILAGRO DE JUANA DE IBARBOUROU. Es- trella Genta	15
DE LA LIBERTAD. Víctor Maicas	17
JUANA INES EN EL BANQUILLO. Oscar Echeverri Mejía	19
CARTA DE MONTEVIDEO. Elsa Baroni de Barreneche	21
ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA IMPRENTA ESPAÑOLA EN AMERICA. Agustín Millares Carlo	23
ESPAÑA EN FRANCIA. Marcelino Menéndez Pelayo	29
" AISLADA POR SER ISLA". Angel Manuel Arroyo	31
NAHUM B. ZENIL. Cristóbal Torres Valencia	35
ANTONIO PUJIA. León Benarós.	41
ESPAÑA EN EUROPA. Fredo Arias de la Canal	47
DOCTOR GILBERTO FREYRE: MEDALLA DE ORO "JOSE VASCONCELOS, 1974"	59
GILBERTO FREYRE, MASOQUISTA. Joaquim Montezuma de Carvalho	61
"NOS HACE FALTA". Rodolfo Rivarola	63
PSICOLOGIA DE LAS MULTITUDES. Segismundo Freud	64
ACADEMIA NORTEAMERICANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA	69
"SEDANTIA". Antonia Carmona de Barrera	70
"NEUROSIS". Francisco Castillo Nájera	70
EL MILENARIO TOLEDO. José Aguado Villalba	71
"LA COPA". Sofía Acosta	77
CARTAS DE LA COMUNIDAD	78
PATROCINADORES	79
PORTADA: NAHUM B. ZENIL	79

El Frente de Afirmación Hispanista, A. C. envía gratuitamente esta publicación a sus asociados, patrocinadores, simpatizantes y colaboradores; igualmente, a los diversos organismos culturales privados y gubernamentales de todo el mundo.



*Guerrero Arrodillado*  
Dibujo de Elvira Gascón

## LA ESENCIA DEL PODER

Una de las tantas interpretaciones que se pueden hacer de la historia de la humanidad, es la de la lucha que han sostenido ciertos individuos contra los tiranos; tiranos que la propia conformación psicológico-religiosa del hombre, los ha mantenido en el poder.

En verdad, el espíritu religioso del hombre, observado por muchos filósofos, estriba principalmente en una idea de sumisión ante una entelequia superior: algo tan absurdo como la manufactura de un ídolo para luego postrarse de hinojos ante él; fenómeno que se advierte en todas las sociedades primitivas.

Estos ídolos representan, aparentemente, fuerzas mentales cuya interpretación simbólica trata el escultor de plasmar en piedra, en madera, Etc., induciéndonos a pensar que estas fuerzas psíquicas en verdad existen, pues hasta los pueblos más cultos las han reconocido. Recordemos la síntesis dialéctica que hace Alfonso Reyes de la tragedia griega:

"Los coros de la tragedia griega predicen la sumisión a los dioses, y ésta es la única y definitiva lección ética que se extrae del teatro antiguo".

Sófocles nos hace vivir la ironía trágica de Ayax:

"Ahora, la diosa hija de Zeus de terrible mirada, la indomable, cuando ya tenía yo preparado el golpe contra ellos, ha tenido que ser mi ruina, ella, golpeándome con una rabiosa pasión".

Gustavo Le Bon en *Psicología de las multitudes* hace un alarde de intuición y de honradez científica al afirmar:

"Las multitudes, sin duda, son siempre inconscientes; pero esta misma inconsciencia es, quizá, uno de los secretos de su fuerza. En la naturaleza, los seres, sometidos exclusivamente al instinto, ejecutan actos cuya maravillosa complejidad nos sorprende. La razón es cosa muy nueva para la Humanidad, y muy imperfecta aún para poder revelarnos las leyes de lo inconsciente, especialmente para reemplazarlas. En todos nuestros actos la parte inconsciente es inmensa y la de la razón es muy pequeña. Lo inconsciente obra como una fuerza todavía desconocida. (...)"

"Es fácil comprobar el hecho de que el individuo en muchedumbre difiere del individuo aislado; pero es menos fácil descubrir las causas de esta diferencia.

"Para llegar siquiera a entrever sus causas es preciso recordar previamente esta comprobación de la psicología moderna, a saber: que no solamente en la vida orgánica juegan un papel completamente preponderante los fenómenos inconscientes sino también en el funcio-

namiento de la inteligencia. La vida consciente del espíritu no es sino una débil parte de la vida total de éste, junto a su vida inconsciente. El analista más sutil y escrupuloso, el observador más profundo, apenas llega a descubrir un pequeño número de los móviles inconscientes que la impulsan. Nuestros mismos actos conscientes derivan de un substratum, encierran innumerables residuos de antepasados que constituyen el alma de la raza. Tras de las causas confesadas de nuestros actos hay, sin duda, causas secretas no confesadas por nosotros, y aun hay muchas de estas causas secretas ignoradas por nosotros mismos. La mayor parte de nuestras acciones más frecuentes no son sino el efecto de móviles ocultos que escapan a la propia observación. (...)"

"Con todos sus progresos, la Filosofía no ha podido aún ofrecer a las muchedumbres ningún ideal del cual puedan prendarse; pero como las ilusiones le son a toda costa necesarias, se dirigen por instinto hacia los retóricos que se ofrecen a ella, como el insecto hacia la luz. El gran factor de la evolución de los pueblos no ha sido nunca la verdad, sino el error. Y si el socialismo es hoy tan poderoso, es porque constituye la sola ilusión que vive todavía para las muchedumbres.

"No obstante las demostraciones científicas, crece constantemente. Su principal fuerza estriba en estar defendido por espíritus bastante ignorantes de la realidad para atreverse a prometer osadamente al hombre la dicha. La ilusión social reina hoy sobre todas las ruinas amontonadas del pasado, perteneciendo el porvenir. Las muchedumbres no han tenido nunca sed de verdad. Se desvían ante las evidencias que les disgustan, prefiriendo aceptar el error, si el error las seduce. El que sabe ilusionarlas se hace fácilmente su dueño; el que intenta desilusionarlas es siempre su víctima. (...)"

"Es verdaderamente sensible que nunca sea la razón la que guía a las multitudes. Nos atrevemos a decirlo. La razón humana no ha conseguido, sin duda, arrastrar a la Humanidad por el camino de la civilización con el ardor y la firmeza con que la sublevaron sus quimeras. Hijas de lo inconsciente que nos empuja, estas quimeras eran, sin duda, necesarias. Cada raza lleva en su constitución mental las leyes de sus destinos, y tal vez a estas leyes es a las que obedece por inevitable instinto, aun en sus impulsos en apariencia más irrationales. Parece, en determinadas ocasiones, que los

pueblos se hallan sometidos a fuerzas secretas, análogas a las que obligan a la bellota a convertirse en encina o al cometa a seguir su órbita."

Si aceptamos que el hombre está dominado por estas fuerzas extrañas que lo hacen desvariar, y contra las cuales no tiene otra defensa que la sumisión absoluta, entonces empezaremos a comprender la proyección de esta sumisión hacia los sacerdotes y reyes, cuya base de mando está tan íntimamente vinculada al espíritu religioso del hombre.

Al observar Le Bon el fenómeno de la sumisión masoquista que desarrollan las masas hacia sus líderes, proyectando inconscientemente su propia megalomanía hacia el superyó, nos dice:

"El autoritarismo y la intolerancia son para las muchedumbres sentimientos muy claros que conciben fácilmente y que aceptan tan fácilmente como los practican desde el momento en que se les imponen. Las muchedumbres respetan dócilmente la fuerza y son mediocremente impresionadas por la bondad, que para ellas, es una forma de debilidad. Sus simpatías no han sido nunca concedidas a los dueños benignos, sino a los tiranos que las han aplastado vigorosamente. Siempre elevan estatuas para estos últimos. Si alguna vez pisotean con gran satisfacción al déspota caído, es porque, habiendo perdido su fuerza, entra en la categoría de los débiles, a quienes se desprecia porque no se les teme. El héroe amado por las multitudes será siempre de la estructura de un César. Su penacho les seduce; su autoridad les impone; su sable les da miedo. (...)

"Examinadas de cerca las convicciones de las muchedumbres, lo mismo en épocas de fe que en las grandes revoluciones políticas, como las del último siglo, se comprueba que estas convicciones revisten siempre una forma especial que, para determinar mejor, le adjudicó el nombre de **sentimiento religioso**.

"Estos sentimientos tienen características muy simples: adoración de un ser que se supone superior, temor al poder mágico que se le supone, sumisión ciega a sus mandatos, imposibilidad de discutir sus dogmas, deseo de generalizarlos, tendencia a considerar como enemigos todos aquellos que no los admitan. Este sentimiento, se aplique a un Dios invisible, a un ídolo de piedra o madera, a un héroe o a una idea política siempre será de esencia religiosa si presenta los caracteres enumerados. Lo sobrenatural y lo milagroso se encuentran también en los mismos en idéntico grado. Inconscientemente las muchedumbres revisten de cierto poder

misterioso la fórmula política o al jefe vencedor que por el momento les fanatiza.

"No solamente se es religioso por la adoración de una divinidad; se es también cuando se emplean todos los recursos de la imaginación, todas las sumisiones de la voluntad, todos los ardores del fanatismo al servicio de una causa o de un ser que se convierte en límite y en guía de los pensamientos y de las acciones. (...)

"Ningún ejemplo muestra mejor el **poder de las tradiciones** sobre el alma de las muchedumbres. No es en los templos donde habitan los ídolos más temibles, ni en los palacios donde moran los tiranos más despóticos; éstos pueden, en ciertos momentos, ser desplazados o destruidos; pero los dueños invisibles que gobiernan nuestras almas escapan a todo esfuerzo de rebelión y no ceden más que ante la acción lenta de los siglos."

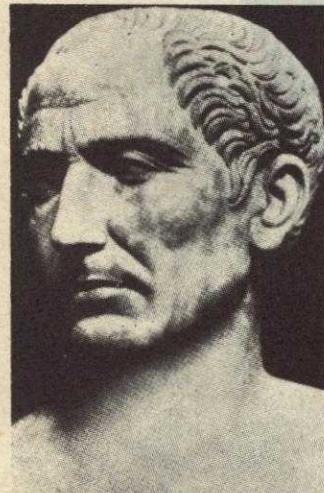
El más grande filósofo contemporáneo de la política: Rudolf Rocker, resumió en esta sentencia la tragedia social de los pueblos:

"Pero así llegamos a la causa más profunda de todo sistema de dominio y comprobamos que toda política, en última instancia, es religiosa y como tal pretende mantener al espíritu del hombre en las cadenas de la dependencia".

Esta relación sado-masoquista entre los tiranos y los pueblos, hubiera siempre marchado perfectamente, de no haber sido por los esfuerzos libertarios de una minoría de individuos a quienes por motivos de carácter psicológico y cultural, les ha parecido que la predisposición hacia la sumisión es indigna del ser humano; verificándose este fenómeno de rebeldía en todas las épocas históricas.

Otra de las desgracias, dentro de la concatenación trágica del hombre, ha consistido en que algunas minorías han logrado reducir la dependencia mental hacia su iglesia, pero tan sólo para proyectarla después hacia su soberano, deificándolo a tal grado que, frecuentemente, el cesarismo y el papismo se conjugaron en la misma persona. Los sátrapas orientales Amenhotep IV y Dario, nos dan un ejemplo de la idea cesareopapista que Alejandro importó a Europa, y la Rusia soviética nos da hoy otro ejemplo bochornoso de mando político y religioso en la persona del jefe del Partido comunista.

Bergler, el genio psicoanalítico, nos habla en **La neurosis básica** de uno de los métodos por el cual la persona neurótica puede aprender algo efectivamente:



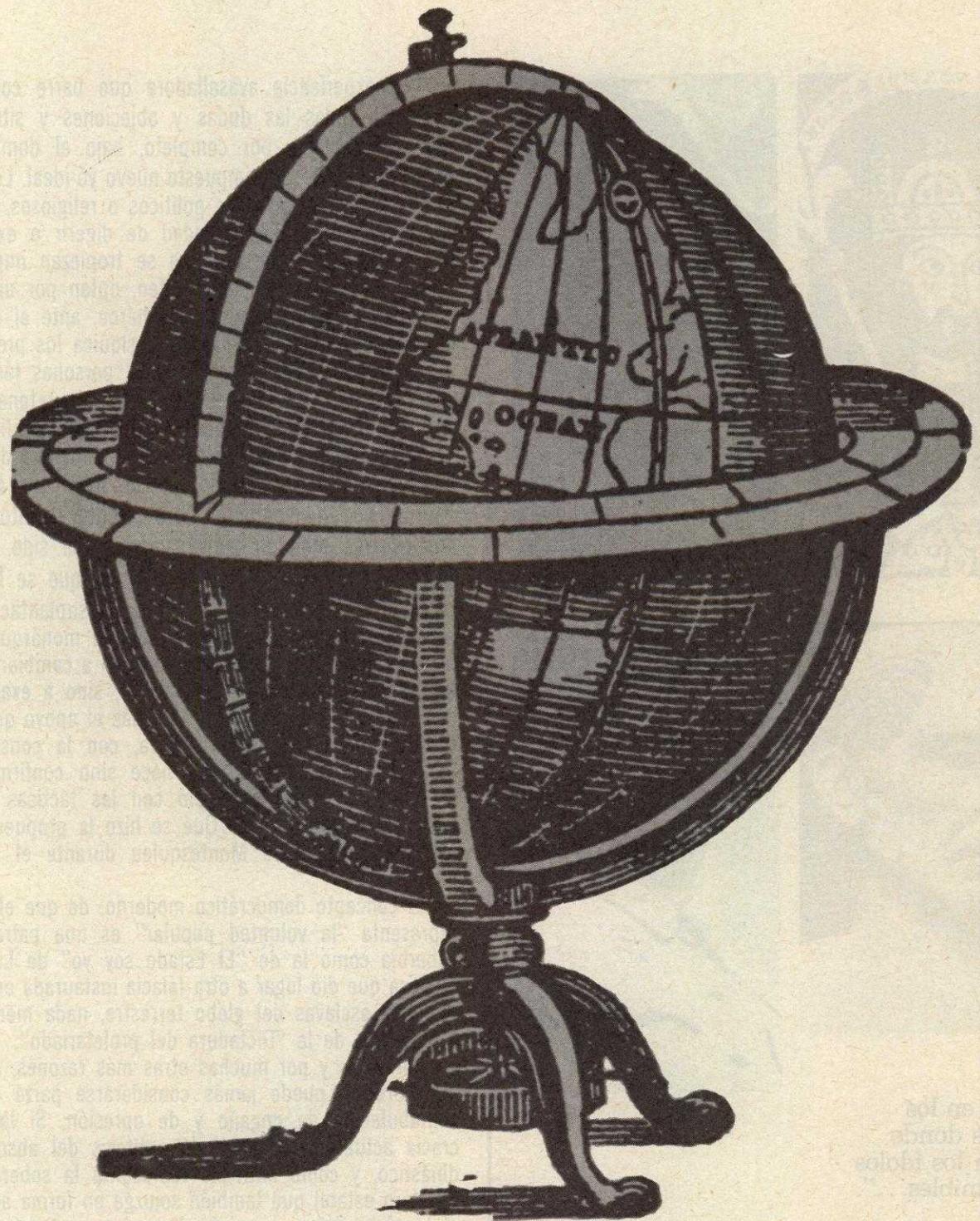
"No es en los templos donde habitan los ídolos más temibles..."

"La experiencia avasalladora que barre como una explosión todas las dudas y objeciones y sitúa a la persona afectada, por completo, bajo el dominio del dramáticamente superimpuesto nuevo y-ideal. Los ejemplos son de los fanáticos políticos o religiosos, quienes confrontados con la necesidad de digerir o explicarse hechos afectivos con los que se tropiezan imprevistamente y los que no comprenden, optan por una completa sumisión al milagro o al héroe, ante el cual succumben porque su constitución psíquica los predispone a ese tipo de sometimiento. Tales personas fácilmente sacrifican su razón con el propósito de retener algún vestigio de su omnipotencia infantil vía identificación."

La proyección de sumisión y dependencia del hombre ante un poder superior, es un fenómeno histórico natural por lo continuo. Otro acontecimiento, cuyos efectos trascendieron universalmente, ha sido, evidentemente, la transferencia de sumisión que se hizo durante la revolución francesa, pues la suplantación que hicieron los jacobinos de la soberanía monárquica, por la soberanía del Estado, en nada vino a cambiar el sentido de dependencia del ciudadano, sino a exacerbarla con los nuevos ritos patrios. Además el apoyo que pidió Robespierre a la iglesia católica, con la consiguiente matanza de hebertistas, no hace sino confirmar que la nueva república prosiguió con las tácticas absolutistas de la monarquía. ¿Qué se hizo la propuesta división de poderes de Montesquieu durante el dominio napoleónico?

El concepto democrático moderno, de que el Estado representa "la voluntad popular" es una patraña tan soberbia como la de "El Estado soy yo" de Luis XIV; mentira que dio lugar a otra falacia instaurada en vastas regiones esclavas del globo terrestre, nada menos que el embuste de la "Dictadura del proletariado".

Por estas y por muchas otras más razones, el hombre libre no puede jamás considerarse parte de esta confabulación de engaño y de opresión. Si la democracia actual ha devenido la antítesis del absolutismo dinástico, y como antítesis representa la soberanía de un clero estatal que también sojuzga en forma absoluta, el hombre digno no puede denominarse democrática. La democracia y el liberalismo serán enemigos irreconciliables hasta que exista una verdadera división de poderes en el gobierno, y se abstengan los soberanos en turno de solicitar la bendición papal, en esta nueva era de reacción política.



# EL ABSOLUTISMO, UN OBSTACULO PARA EL DESARROLLO ECONOMICO

foro  
de  
norte

Rudolf Rocker

Se ha sostenido que el desarrollo de la estructura social de Europa en el sentido del Estado nacional, ha seguido la línea del progreso. Y fueron precisamente los cultores del "materialismo histórico" los que han defendido esa concepción en forma más intensa, procurando demostrar que los sucesos históricos de aquel tiempo han sido suscitados por necesidades económicas que impulsaban al ensanchamiento de las condiciones técnicas de la producción. En realidad, esa fábula no corresponde de ninguna manera a una seria apreciación de los hechos sociales, sino más bien a la vana pretensión de querer ver la transformación de Europa, a la luz de una evolución ascendente. En aquella importante reforma de la sociedad europea, las aspiraciones políticas de dominio de pequeñas minorías han jugado un papel mucho más decisivo que las supuestas "necesidades económicas". Aparte del hecho de que no hay el menor motivo para que el desenvolvimiento de las condiciones técnicas productivas no haya podido llevarse a cabo igualmente sin la aparición del Estado nacional, no se puede perder de vista que la fundación de los Estados nacionales absolutistas en Europa está ligada a una larga serie de guerras devastadoras, por las cuales fue trabado radicalmente, en la mayoría de los países, por largo tiempo, a menudo por siglos, el desarrollo cultural y económico.

En España la aparición del Estado nacional condujo a una ruina catastrófica de las industrias un día florecientes, y a una completa descomposición de toda la vida económica, lo que hasta hoy no ha podido ser superado. En Francia, las guerras de los hugonotes, iniciadas por la monarquía para fortalecer al Estado nacional unitario, infirieron heridas sangrientas a la economía del país. Millares de los mejores artesanos emigraron y trasladaron sus industrias a otros Estados; las ciudades se despoblaron; las ramas más destacadas de la economía fueron paralizadas. En Alemania, donde las maquinaciones de los príncipes y de la nobleza no dejaron formar un Estado nacional unitario como en España, en Francia o en Inglaterra, y donde, en consecuencia, se desarrolló toda una serie de pequeños organismos estatales nacionales, la guerra de los Treinta Años devastó al país entero, diezmó su población e impidió toda nueva formación económica y cultural en los dos siglos siguientes.

Pero éstos no fueron los únicos obstáculos que el Estado nacional incipiente puso en el camino del desarrollo económico. En todas partes donde hizo su entrada, procuró dificultar el proceso natural de las condiciones de la vida económica, por medio de prohibiciones a la exportación y a la importación, la inspección de las industrias y otras disposiciones burocráticas. Se prescribieron a los maestros de los gremios los métodos de elaboración de sus productos, y se mantuvo a ejércitos de funcionarios para vigilar la industria. De esta manera se puso un límite a toda mejora de los métodos de trabajo; tan sólo gracias a las grandes revoluciones de los siglos XVII y XVIII la industria fue libertada de esas molestas ligaduras. Los hechos históricos presentan la cuestión de un modo muy diverso: la aparición del llamado Estado nacional, no sólo no ha beneficiado en manera alguna al desenvolvimiento económico, sino que las guerras sin fin de aquellas épocas y las intervenciones absurdas del despotismo en la vida de las industrias, produjeron una situación de barbarie cultural, por la cual muchas de las mejores conquistas de la técnica industrial se perdieron total o parcialmente y después hubo que volverlas a descubrir.<sup>1</sup>

A esto se añadió la circunstancia de que los reyes se mostraban siempre desconfiados e incluso declaradamente hostiles ante los burgueses y artesanos de las ciudades, que eran los verdaderos representantes de la economía industrial, y sólo se ligaban a ellos cuando había que quebrantar la resistencia de la nobleza, que no veía con buenos ojos las aspiraciones unitarias de la monarquía. Esto se advierte claramente en la historia de Francia. Pero después, cuando el absolutismo superó victoriamente todas las resistencias contra la unidad política nacional del país, dio a todo el desenvolvimiento social, por su apoyo al mercantilismo y a la economía monopolista, una dirección que sólo podía llevar al capitalismo, e hizo que los hombres no fueran los dirigentes de la economía, sino que los rebajó a galeotes de la industria.

En los grandes Estados ya existentes, cimentados originariamente por completo en la propiedad territorial, el naciente comercio mundial y la influencia en ascenso del capital comercial, produjeron una honda modificación, haciendo saltar las barreras feudales e iniciando poco a poco la transición del feudalismo puro al capi-

talismo industrial. El Estado nacional absolutista dependía de la ayuda de las nuevas fuerzas económicas, como los representantes de éstas dependían de él. Por la introducción del oro de América, la economía monetaria se convirtió desde entonces no sólo en un factor cada vez más importante de la economía misma, sino que se desarrolló como instrumento político de primera fila. El derroche desmesurado de las cortes reales en el período de la monarquía absoluta, sus ejércitos y flotas y, no en último lugar, su poderoso aparato de funcionarios, devoraban sumas enormes que había que reunir de algún modo, sin cesar. Además, las guerras eternas de aquella época costaban cantidades considerables. Reunir esas sumas no era ya posible a costa de la subyugada población campesina semihambrienta, a pesar de todas las artes de la coacción de los magos cortesanos de las finanzas; de modo que hubo que pensar en otras fuentes de ingresos. Las guerras eran, en gran parte, resultados de la transformación económico-política y de la lucha de los Estados absolutistas entre sí por la posición de predominio en Europa. Así se modificó a fondo el carácter originario de los viejos Estados feudales. Por otra parte, el dinero dio a los reyes la posibilidad de someter por completo a la nobleza, con lo cual podía instaurarse propiamente la unidad estatal; además, el poder real dio a los comerciantes la protección necesaria para escapar a las continuas acechanzas de la nobleza ladrona. De esa comunidad de intereses nacieron los verdaderos fundamentos del llamado Estado nacional y, en general, el concepto de nación.

Sin embargo, la misma monarquía, que trataba de socorrer, por motivos bien fundados, las aspiraciones del capital comercial, y la cual, por otra parte, fue sostenida por éste con firmeza en su propia evolución, se manifestó poco a poco como un obstáculo paralizador de toda ulterior reforma de la economía europea, transformando en monopolios, por sus desmesurados favoritismos, a ramas enteras de industria, y privando de su usufructo a los más vastos círculos. Pero fue particularmente funesto el rutinarismo espiritual que impuso a las industrias, por el cual se obstaculizó la evolución de la capacidad técnica y fue artificialmente impedido todo progreso en el dominio de la labor industrial.



Cuanta más expansión tuvo el comercio, tanto más interés tuvieron sus representantes en el desenvolvimiento de la industria. El Estado absolutista, a quien la expansión comercial llenaba las cajas fuertes, pues traía dinero al país, acudió primeramente en ayuda del capital comercial; en parte contribuyeron también sus ejércitos y flotas, que habían adquirido una proporción considerable, al ensanchamiento de la producción industrial, pues exigieron una cantidad de cosas para cuya producción en grande no era ya apropiado el taller del pequeño artesano. Así surgieron paulatinamente las llamadas manufacturas,<sup>2</sup> precursoras de la gran industria ulterior, la que, ciertamente, sólo pudo desenvolverse después que allanaron el camino los grandes descubrimientos científicos de un período posterior, y fueron aplicados a la técnica y a la industria.

La manufactura se desarrolló ya a mediados del siglo XVI, después que algunas ramas de producción —en particular la construcción de embarcaciones y las instalaciones mineras y metalúrgicas— habían desbrozado el camino para una más vasta actuación de la imagen industrial. En general, el sistema de la manufactura llegó a una racionalización del proceso de trabajo, la que trató de alcanzar por la división de éste y por el mejoramiento de las herramientas, con lo cual la capacidad renditiva de la producción fue acrecentada, lo que era de gran importancia para el comercio creciente.

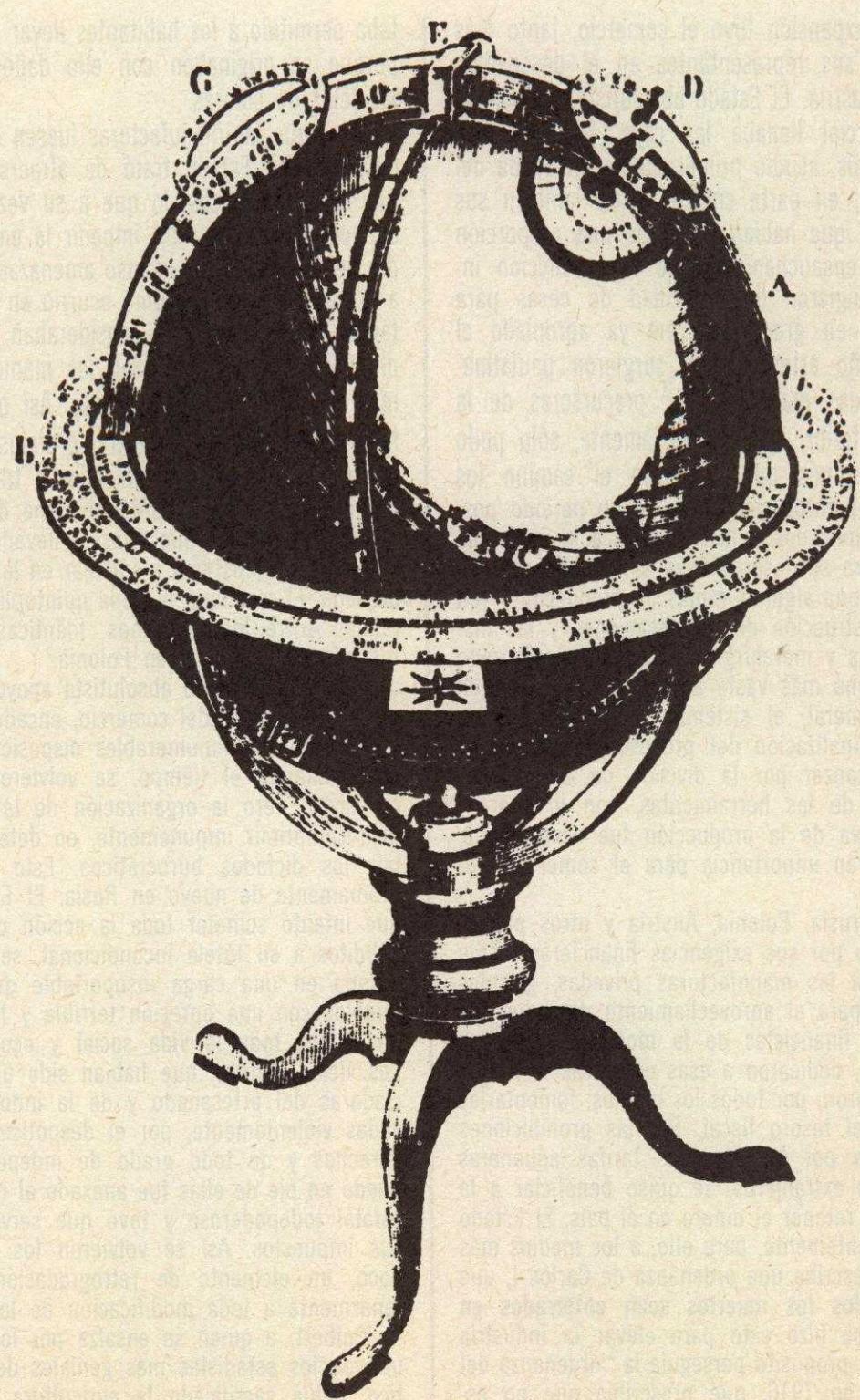
En Francia, Prusia, Polonia, Austria y otros países, el Estado, movido por sus exigencias financieras, había instalado, junto a las manufacturas privadas, grandes establecimientos para el aprovechamiento de industrias importantes. Los financieros de la monarquía, incluso los reyes mismos, dedicaron a esas empresas la mayor atención e intentaron, por todos los medios, fomentarlas para enriquecer el tesoro fiscal. Por las prohibiciones de importación o por las elevadas tarifas aduaneras para los artículos extranjeros, se quiso beneficiar a la industria nativa y retener el dinero en el país. El Estado echó mano frecuentemente, para ello, a los medios más singulares. Así prescribe una ordenanza de Carlos I, que en Inglaterra todos los muertos sean enterrados en paños de lana; se hizo esto para elevar la industria del paño. Idéntico propósito perseguía la "ordenanza del duelo" prusiana, en 1916, que prescribía que no es-

taba permitido a los habitantes llevar luto largo tiempo, porque se originaban con ello daños al mercado de las telas de colores.

Para que las manufacturas fuesen en lo posible rentivas, cada Estado trató de atraerse buenos artesanos de otros países, lo que a su vez tuvo por consecuencia que se quisiera impedir la emigración por medio de leyes severas, incluso amenazando con la muerte a los contraventores, como ocurrió en Venecia. Mientras tanto, los gobernantes consideraban bueno todo medio para que el trabajo en las manufacturas fuese lo más rentivo y barato posible. Así ofreció Colbert, el famoso ministro de Luis XIV, premios especiales a los padres que enviaran a sus hijos a trabajar en las manufacturas. En Prusia ordenaba una disposición de Federico el Grande, que fuesen llevados los niños del Orfelinato de Postdam a trabajar en la manufactura real de seda. El resultado fue una quintuplicación de la mortalidad entre los huérfanos. Idénticas leyes existieron también en Austria y en Polonia.<sup>3</sup>

Aunque el Estado absolutista apoyó por interés propio las demandas del comercio, encadenó a la industria entera con sus innumerables disposiciones legales, las que, andando el tiempo, se volvieron cada vez más opresivas. Pero la organización de la economía no se deja comprimir impunemente, en determinadas formas, por los dictados burocráticos. Esto pudo observarse últimamente de nuevo en Rusia. El Estado absolutista, que intentó someter toda la acción o inacción de los súbditos a su tutela incondicional, se convirtió con el tiempo en una carga insopportable que aplastó a los pueblos con una opresión terrible y llevó a un estado de rigidez toda la vida social y económica del país. Las viejas guildas, que habían sido un tiempo las iniciadoras del artesanado y de la industria, fueron privadas violentamente, por el despotismo, de sus viejos derechos y de todo grado de independencia. Lo que quedó en pie de ellas fue anexado al rodaje del aparato estatal todopoderoso y tuvo que servirle para recoger sus impuestos. Así se volvieron los gremios, poco a poco, un elemento de retrogradación que se opuso tenazmente a toda modificación de la economía.

Colbert, a quien se ensalza por lo general como a uno de los estadistas más geniales del período despótico, había sacrificado la agricultura de Francia a la



industria y al comercio; pero la verdadera esencia de la industria no la había comprendido; para él sólo era la vaca lechera que había de ser ordeñada para el absolutismo. Bajo su régimen se introdujeron para cada oficio determinadas ordenanzas, que perseguían supuestamente el objetivo de mantener a la industria francesa en la altura a que había llegado. Colbert se imaginó realmente que era imposible un perfeccionamiento ulterior de la actividad industrial; de otro modo no se puede comprender su llamada política industrial.

De esa manera fue sofocado artificialmente el espíritu de inventiva y ahogado en germen todo impulso creador. El trabajo se convirtió, en cada oficio, en una imitación rutinaria de las mismas viejas formas, cuya continua repetición paralizó toda iniciativa. Se trabajó en Francia hasta el estallido de la gran revolución, exactamente de acuerdo con los mismos métodos de fines del siglo XVII. En un espacio de cien años no se produjo la más mínima modificación. Así sucedió que la industria inglesa superó poco a poco a la francesa en la elaboración de productos en cuya fabricación había tenido antes Francia la dirección incondicional. De las innumerables ordenanzas sobre el vestido, la habitación y la labor social de los miembros de cada oficio, que contenían gran cantidad de las prescripciones más absurdas, no hemos de hablar aquí. Se intentó de tanto en tanto, es verdad, cuando los desbarajustes se advertían demasiado claramente, proporcionar ciertos alivios con nuevas ordenanzas, reemplazadas pronto, generalmente, por otras. A eso se añadió que la continua penuria financiera de la corte obligó al gobierno a toda suerte de maniobras dolosas para llenar de nuevo las cajas vacías. Así se dictó toda una serie de ordenanzas simplemente para que los gremios pudieran anularlas mediante los desembolsos correspondientes. De esta manera fueron dados a personas particulares o a corporaciones una cantidad de monopolios que perjudicaron seriamente la evolución de la industria.

Tan sólo la revolución barrió los decretos reales y libró a la industria de las cadenas que se le habían remachado. No fueron motivos nacionales los que han conducido a la aparición del moderno Estado constitucional. Las condiciones sociales habían adquirido paulatinamente formas tan monstruosas, que no podían ser toleradas más tiempo, si Francia no quería sucumbir por

completo. Y fue esa comprobación también la que puso en movimiento a la burguesía francesa y la forzó por las vías revolucionarias.

#### NOTAS:

<sup>1</sup> Kropotkin ha expuesto de una manera persuasiva cómo, por la decadencia de la cultura de las ciudades medievales y por la opresión violenta de todas las instituciones sociales federalistas, el desarrollo económico de Europa recibió un golpe que paralizó sus mejores fuerzas técnicas y las puso fuera de acción. La magnitud de ese retroceso se puede calcular por el hecho de que James Watt, el inventor de la máquina de vapor, no encontró, durante veinte años, aplicación para su descubrimiento; pues en toda Inglaterra no consiguió un mecánico capaz de tornear un verdadero cilindro, cosa que en cualquier ciudad de la Edad Media habría encontrado abundantemente. (P. Kropotkin, *Mutual aid — a factor of evolution*; trad. alemana por Gustav Landauer: *Gegenseitige Hilfe*, Leipzig; en español: *El apoyo mutuo*; Barcelona).

<sup>2</sup> La palabra "manufactura", de *manu facere*, significa "elaborar con la mano".

<sup>3</sup> Un rico material sobre aquella época contiene la gran obra de M. Kowalewski, *Die ökonomische Entwicklung Europas bis zum Beginn des kapitalistischen Zeitalters*, Berlín, 1901-1904.

